

# CAVILACIONES Y VACILACIONES PREVIAS A UN «PANEGIRICO DE BLOOMSBURY Y KEYNES»

Lluís BARBE I DURAN

*La presente charla, inmodesta contribución al centenario del nacimiento de Keynes, fue concebida por hipotético encargo del Memoir Club para ser ofrecida privadamente a sus miembros el 5 de junio de 1983 a las 5 p.m. en Tilton Place, Sussex, Inglaterra.*

... Maynard me parecía muy truculento, muy formidable, como un retrato de Tolstoi joven digno de ser contemplado, capaz de deshacer cualquier argumento con un zarpazo y, sin embargo, escondiendo, tal como dicen los novelistas, un corazón bueno y aun sencillo bajo aquella coraza inmensamente impresionante de intelecto.

Virginia Woolf, *Moments of Being*, pág. 176.

**¿C**ómo aproximarse a un personaje tan imponente? ¿Es que no te das cuenta de que sobre él se han escrito *la tira* de libros y artículos? ¿Qué podrás decir de nuevo, genuino y sincero sobre John Maynard Keynes y el Bloomsbury? ¿Tan fatalmente necesario te era aceptar el encargo de eso que tú llamas el Panegirico? Porque, ya me dirás... ¿Por dónde, cómo y con qué empezarás?

La música. Deberías escoger una música de la época, que te ayudara a crear el clima ade-

cuado. Me decido por *Irene*, el *hit* del Londres del año 20, aunque mucho me temo que resultaría una americanada demasiado vulgar para él. Me parece, sin embargo, que títulos tales como *The world must be bigger than an avenue* y *They go wild, simply wild, over me* pueden resultar bastante pertinentes.

La taza de té. Muy concentrado. Para atacar el cerebro con estimulantes vegetales de exóticos rincones del *British Empire*.

Los libros, muy cerca. Para ir acariciando y destilando citas: El *Bloomsbury Portraits* de Richard Shone con la vida y la obra de Vanessa Bell y Duncan Grant. La biografía de Lytton Strachey por Michael Holroyd. El *Retrato de un matrimonio* de Nigel Nicolson sobre sus padres, Vita Sackville-West y Harold Nicolson. La *Memoria Personal 1920-1975* de Gerald Brenan. Los cinco volúmenes de la autobiografía de Leonard Woolf. La correspondencia editada por Nigel Nicolson y las biografías de Virginia Woolf

por Quentin Bell y por John Lehmann. Los *Principia Ethica* de G. E. Moore; *Economic Consequences of the Peace*, *Essays in Persuasion*, *Essays in Biography* y *The General Theory of Employment, Interest and Money*, de John Maynard Keynes. La biografía de Keynes hecha por Harrod. Y dos libros con artículos sobre Keynes: *The Shadow of Keynes*, de Elizabeth y Harry Johnson y, sobre todo, los *Essays on John Maynard Keynes* editado por Milo Keynes, un volumen repleto de testimonios inéditos de primera mano.

Demasiados libros. Puede ser mortal. De hecho, la mayor parte de estos libros deberían servirte solamente de colchón nostálgico, recordándote la época en que te hicieron vivir el «Bloomsbury» a través de sus páginas. Seguro que te despiertan añoranzas con sus ilustraciones. ¡Míralos qué guapos! Maynard a los 3, 12, 15 y 19 años. Las famosas fotos de Virginia y Vanessa hacia los 20 años, bellas como Elenas de Troya, en versión Offenbach. Duncan y Maynard contemplándose embelesados, apoyados en una pared de Charleston. Lytton, Maynard y Bertrand Russell en Garsington, hacia 1917. Vanessa cortándole la cola de caballo a Lytton en presencia de Duncan, Clive y Roger Fry. Lytton dando instrucciones a Dora Carrington sobre cómo leer a Gibbon. Lydia y Maynard mirándose a los ojos con delectación de *coup-de-foudre*, con el cuadro de Cézanne *L'oncle Dominique* al fondo. Los retratos al óleo de Maynard, Virginia, Clive, Lytton, Leonard, Vanessa y Duncan hechos por esta pareja de pintores... Imágenes sugerentes, evocadoras, que parecen refunfuñar:

—¡A ver qué dirás de todos nosotros!

Conviene que des al discurso una estructura sólida. Más vale que huyas de planteamientos excesivamente personales, tales como los de explicar por qué te interesó esta gente:

Cuando leí *La vida de John Maynard Keynes* de Harrod, me llamó la atención la carta que el 5 de febrero de 1909 Maynard escribía a su amigo Duncan Grant: «Hoy he encontrado a Whitehead por la calle y me ha detenido para hablar de la Tesis (*A Treatise on Probability*, que Whitehead dirigía). Dice que la nueva versión le ha convencido y le ha hecho cambiar de opinión en el punto fundamental en el que antes no estaba de acuerdo conmigo. Su con-

versión se debía al capítulo que escribí en el campo sobre Stromness (en las Orcadas, donde Keynes pasaba el verano con Duncan. Aquí sería de esperar una explosión de alegría académica por lo que significaba de éxito intelectual, pero, en cambio, Maynard sigue) y una referencia a la discusión me retornó claramente la vista del puerto». Esta acotación nostálgica me intrigó. ¿Qué había detrás de ella? Mi curiosidad, totalmente mundana (era mundo, demonio y carne, ¿verdad?) no se satisfizo hasta unos años después, hacia 1968, cuando me cayó en las manos la biografía de Lytton Strachey: Sí señor, Duncan y Maynard, por aquella época, se entendían. La discreción de Harrod, justificada por el puritanismo de los primeros cincuenta, nos lo había escamoteado, si bien dejando alguna clave para la investigación. Y las pesquisas llevaban a Bloomsbury, un mundo en el cual era muy fácil quedar atrapado.

Esta línea no te sería nada aconsejable. Podría resbalar hacia el chismorreos personal. No se trata tampoco de exhibir un trabajo de erudición con ochenta citas por página, aunque convenga alguna cita para hacer ver que muchos rasgos y anécdotas que pueden parecer peregrinos provienen de buena fuente. Volvamos a la estructura de la obra. Podría ser la siguiente:

Una primera parte para situar qué era Bloomsbury. No será necesario que sea demasiado larga, ya que se supone que el centro de atención es Keynes, por aquello del centenario, y el grupo Bloomsbury hace sólo de espejo en el que reflejar su imagen. Después entras en quién fue Maynard, en su obra, sin enzarzarte demasiado en el lenguaje técnico de la economía, y finalmente apuntas las influencias que disfrutó o sufrió a lo largo de su vida. Conviene que resaltes los aspectos personales, de carácter, que pueden resultar inéditos aun para los economistas, pero evitando caer en el figoneo descarado.

(Decididamente, el musical *Irene* no me inspira. Me paso a los *rags* de Scott Joplin, en interpretación de la London Festival Ballet Orchestra. A ver si resulta.)

Vayamos al grano. Una entrada que sirva de aviso y vaya situando el carácter de la cosa siempre va bien. Por ejemplo:

*Las palabras han de ser un poco salvajes,  
pues son el asalto de los pensamientos a lo  
[impensado].*

*John Maynard Keynes.*

Con esta cita como encabezamiento, justificas no sólo las tonterías que puedas decir, sino también la elección de un lenguaje provocador e incisivo. La verdad es que la frase es bonita y describe muy bien la forma de ser de todos ellos.

## ENTREMOS EN LA PRIMERA PARTE: BLOOMSBURY

Qué te sugiere esta palabra? Deja que me concentre: Curiosamente, yo llego a conectar con el Bloomsbury (o a aproximarme vagamente a él) a través de los recuerdos de cuando tenía de 12 a 14 años, situándome en El Figueró, pueblecito situado a unos 40 Km. de Barcelona, donde iba a pasar los veranos. Allí, como en tantos lugares de veraneo, los chavales de la colonia nos juntábamos espontáneamente en pandillas bastante cerradas para jugar. Los de nuestra pandilla, rígidamente organizada en cuanto a horario de juegos y entretenimientos, nos dedicábamos a las olimpiadas, al frontón, a juegos de mesa (la pulga, futbolín), a juegos de cartas y dados (pinacle, *dame de pic*, manilla, *palé*), a «manos» y a «explicar cuentos». Los cuentos eran, de hecho, seriales que cada uno de nosotros inventaba; dábamos una entrega al día, vistiéndola como una película de cine, con distribuidora, créditos iniciales de artistas y directores de Hollywood e incluso le metíamos melodía. No sé por qué ligo el Bloomsbury con El Figueró, en vez de ligarlo con alguna de las capillitas que se formaban en la Universidad. Sería más apropiado, pues el grupo se originó en Cambridge y tanto las edades como la sofisticación y las pretensiones intelectuales de las conversaciones estarían más en consonancia.

¿Cómo estaba estructurado? El Bloomsbury no tenía líderes. Ni estaba conscientemente organizado. Las fiestas que cada jueves por la noche ofrecían las hermanas Stephen —de ca-

sadas Vanessa Bell y Virginia Woolf— desde el 2 de marzo de 1905 en adelante, en el número 46 de Gordon Square del barrio de Bloomsbury, fueron el origen. Aquí puedes confirmarlo con palabras de la propia Virginia: «... aquellas fiestas de los jueves fueron el germen del que salió todo lo que desde entonces se ha conocido —en periódicos, en novelas, en Alemania, en Francia e incluso me atrevería a decir en Turquía y Timbuctú— bajo el nombre de Bloomsbury».

Aunque no estuviera estructurado, había en el grupo un núcleo perceptible: Vanessa y Virginia. Vanessa congrega, galvaniza, viaja, pinta, vive..., es la acción que rompe moldes sin preocuparse por el ruido. Virginia es la caja de resonancia que con sus cartas convierte en historia las relaciones con sus amigos. Los protagonistas son los de toda la vida: los amigos que su hermano Thoby les había presentado de aquel Cambridge en el que las mujeres estaban proscritas, mas alguna inclusión posterior al grupo, tal como la del pintor Roger Fry.



Vanessa Stephen, hacia 1902.



Virginia Stephen, hacia 1902.

Después de Vanessa y Virginia, creo que el tercer elemento primordial del Bloomsbury es, paradójicamente, el más silencioso y discreto: Duncan Grant. Lo sitúo en un plano más avanzado que su primo Lytton Strachey. Observemos sus credenciales: Después de un episodio romántico con su primo, se liga a Keynes, con quien vivió unos cuatro años, para instalarse después, a partir de 1916, en Charleston, Sussex, con Vanessa y con David Garnett. Vanessa, a quien el marido, Clive Bell, había hecho madre de dos crios, y había vivido luego un apasionado romance con Roger Fry, acabó teniendo una hija de Duncan, la cual, al llegar a la edad apropiada para estos asuntos, se casó con David. Duncan es, pues, un aglutinador importante dentro del grupo. No quepa de ello ninguna duda. (No me negarás que reducir los méritos de uno de los pintores más importantes del siglo XX a su trabajo de alcoba es excesivo. *Demassié*. Recapítalo.)

Después, en esta escala de inclusión en el grupo, hecha exclusivamente para satisfacer la manía de establecer *rankings* para todo, yo sitúo a Lytton Strachey. Absolutamente amenerado, con lo que predisponía en su contra a toda la sociedad alérgica a las *locas*, es admirable que produjera un sentimiento tan absoluto en una mujer —la Carrington— que la indujera al suicidio a consecuencia de su propia muerte. Novelesco, ¿no? Una versión muy *up-to-date* de la tragedia amorosa. Lytton dio al Bloomsbury la forma *sui generis* de hablar. Era de aquellas personas que tienen una manera de hablar tan distintiva que la pega a los demás. Y, curiosamente, los afectados no se suelen dar cuenta de ello. Por ejemplo, estoy harto de escuchar a parlamentarios y escritores que convierten en un *prêt-à-porter* adocenado el aire convincente-a-lo-Pedro-Pablo-Ayuso-con-ramalazos-de-Hermana-San-Sulpicio que algunos primeros espadas de la Carrera de San Jerónimo han conseguido tras muy laboriosas destilaciones. (¡Loco! Vuelve a coger el hilo.) La adopción del acento Strachey no fue inconsciente; es más, lo perfeccionaron. Consiguieron dos formas de pronunciar *Really?* que permitían desmontar a cualquier interlocutor.

En el quinto lugar del escalafón *bloomsburiano* se encuentra Keynes, quien daba una extraña nota de *expertise* financiera al conjunto y que velaba frecuentemente por sus intereses



Lytton Strachey.

materiales haciendo para ellos inversiones mobiliarias e inmobiliarias (compró Charleston, por ejemplo). No es preciso que te extiendas ahora demasiado perfilando a Maynard, no precipites los acontecimientos.

Clive Bell, crítico de arte, tuvo también un papel bastante activo por su constante proximidad a Vanessa, como marido primero y como padre de sus dos hijos después. Tampoco se puede considerar secundario a Leonard Woolf, a pesar de que su extrema discreción nos lo esconde como individualidad —fue autor de diversos textos sobre política, además de la autobiografía ya citada— para reducirlo al papel de abnegado marido-enfermero-impresor de Virginia.

En torno a estos componentes principales veo, en un segundo término, a Saxon Sydney Turner, Desmond McCarthy, Jacques Raverat, E. M. Forster —del núcleo original de Cambridge— y los *ligues* más o menos intensos de unos y otros: Los ya aludidos Carrington y Garnett, más Ralph Partridge y Gerald Brenan— a pesar de la distancia con las Alpujarras donde se había instalado este último— que eran atacados, seducidos y, finalmente, abandonados por la Carrington; Mary Hutchinson, que tenía que ver con el Clive post-matrimonial; Roger Fry que instruía a Vanessa y, ya más lejanamente, Katherine Mansfield y Vita Sackville-West, en calidad de amistades —en algunos aspectos equívocas, y en otros tormentosas— de Virginia.

Procura no aturdir al auditorio con demasiados nombres, aunque te parezcan, algunos de ellos, suficientemente conocidos. Al fin y al cabo lo que tú pienses de ellos en su relación con el Bloomsbury no interesa a nadie. En cambio, podría ser útil subrayar algunos rasgos relevantes que responden al qué y al cómo de su éxito.

Por ejemplo, podrías decir que ves la fama del Bloomsbury como una consecuencia de la celebridad conseguida por sus miembros más característicos y no al revés. Lytton y Virginia eran muy conocidos como escritores; Roger, Vanessa y Duncan como pintores, y Maynard como economista. Por otra parte, estaban en continua relación unos con otros. Y se decía que mantenían y ejercían costumbres sexuales disipadas (¡oh, cielos!) bajo el patrocinio de la

ética de un tal Moore de Cambridge... Era, pues, natural que el resto del mundo que contemplaba el espectáculo les diera un nombre de conjunto. Y este nombre fue el de Bloomsbury.

Respecto a la cuestión genética de por qué el Bloomsbury fue posible, no te entretengas demasiado aduciendo razones históricas y sociales: final de la época victoriana y necesidad de romper con lo que representó, vigencia del Imperio británico que les daba un sentido insólito de *grandeur*, época de efervescencia estética continental, pertenencia a la burguesía con rentas que les permitía probar fortuna en las artes, y con *pedigrees* intelectuales que les facilitaban todos los accesos («La guerra de clases me encontrará al lado de la burguesía educada» confesaba Maynard). Una vez dicho esto, deberías subrayar aquello que fue realmente importante para triunfar en campos tan diferentes como la pintura, la literatura y la economía: Trabajaron obstinadamente durante toda su vida y con una confianza total en la trascendencia de lo que hacían. Esta confianza se manifestaba en un sentido autohistórico que les hacía conscientes de que todo lo que provenía de ellos se convertía automáticamente en una pieza de museo —en un sentido positivo de la expresión— y que era un sacrilegio destruirla. Gracias a ello podemos disfrutar de mucha información que el pudor de las ánimas caritativas —siempre hay, desgraciadamente— habría escamoteado a la posteridad. Este narcisismo también se refleja en la creación de un *Memoir Club* donde, ya más maduritos, se leían los unos a los otros sus recuerdos. No es de extrañar que con estos ingredientes y peculiaridades fueran considerados en muchos círculos unos *snobs*, tal como entrevé Virginia al escribir «¿Soy una *snob*?» para el *Memoir Club* (de hecho, con el título está parodiando a Maynard quien, unos cuantos años antes, había escrito «¿Soy un liberal?»).

## John Maynard KEYNES

Entremos, pues, a reflexionar sobre la segunda parte de la obra. (Me paso a la *Music for the Chapel Royal* de Henry Purcell grabada por el coro del St. John's College, Cambridge, en su propia capilla. ¿Soy un *snob*?)

Una salida siciliana podría consistir en sintetizar su personalidad mediante su signo de horóscopo. No es una aproximación brutalmente científica que digamos, pero sirve para romper el hielo. Y es más directa que hablar del tiempo. Maynard, podrías decir, fue el Géminis perfecto: Combina su formación matemática con la de los clásicos; hace la tesis sobre Filosofía de la Matemática (*A Treatise on Probability*) para saltar después a la economía más pragmática del *Civil Service*; lleva después las inversiones de la *National Mutual Life*, compañía de seguros, y escribe en los periódicos sobre los problemas de cada día, intentando influir en la política económica de su tiempo. Esta proximidad con los árboles no le impide ver el bosque: Se remonta hacia la Teoría Monetaria y provoca la Revolución Keynesiana con su *Teoría General sobre la Ocupación, el Interés y el Dinero*. Hace que su Economía Política salga de la Política Económica y viceversa. Más dualidades: Es funcionario del Tesoro, pero al mismo tiempo tiene serias objeciones de conciencia contra la militarización obligatoria establecida durante la Primera Guerra Mundial. A pesar de su mentalidad científica, se interesa por las Artes Plásticas: Participa en subastas de pintura, llega a ser *Trustee* de la *National Gallery* y forma una excelente colección particular (en esto se le parece Cambó); organiza y financia el *Arts Theatre* de Cambridge y acepta ser *Chairman* del *Council for the Encouragement of Music and the Arts*, en la misma época en que lo nombraron Director del Banco de Inglaterra. (Esto se puede ilustrar con la cita de Joan Robinson (1) (MK): «Su manera de ver la vida era más estética que política. Odiaba el paro porque era estúpido y la pobreza porque era fea. Le disgustaba el comercialismo de la vida moderna».) Después de un *curriculum* decididamente *gay*, sorprende al Bloomsbury, en ocasión de la vista de los Ballets Rusos a Londres, enamorándose perdidamente de la primera bailarina Lydia Lopokova. («Maynard se ha enamorado apasionada y patéticamente, ya que se ve que está perdido si se casa con ella, y ella lo tiene enganchado por el morro». Carta de Virginia a Jacques Raverat, 8-VI-1924.)

Esta multiplicidad de intereses y facetas lo hace «muy difícil de ser descrito por cualquier persona, dado que cada uno lo había visto y lo recordará primordialmente en un solo aspecto de su vida. Yo no puedo dejar de verlo como

el perfecto benefactor, que identifica las cosas que más necesita el mundo y utiliza todo su cerebro y su poder de persuasión para conseguir que se lleven a cabo» (Austin Robinson, MK). Esto queda particularmente demostrado en el libro *Essays on John Maynard Keynes*, editado por su sobrino Milo Keynes, en cuya tercera parte se recogen diez aspectos (aparte del de economista teórico) en los cuales destacó: negociador internacional, financiero, aficionado a la historia económica —apoyando la tesis de Hamilton y haciendo revisar las opiniones sobre el mercantilismo—, filósofo de la Matemática, docente, biógrafo —son notables sus ensayos sobre Malthus, Jevons, Marshall y Edgeworth, por hablar sólo de los economistas—, defensor de las artes, organizador del teatro en Cambridge, coleccionador de pintura —dos Braques, cuatro Cézannes, tres Delacroix, dos Derains, un Matisse, dos Picassos, un Renoir, un Seurat, dos Sickert entre otros—, bibliófilo, ediciones y manuscritos de obras significativas en la Historia de la Ciencia: Newton,



John Maynard Keynes en 1908. Pintura al óleo de Duncan Grant.

Locke, Hume, etc., así como literatura de los periodos isabelino y eduardiano.

La descripción de cómo era también viene dificultada por el diferente tratamiento que hacía de las personas. No pudiendo soportar a los engraidos, pretenciosos e incompetentes, llegaba a ser brutalmente punzante en sus comentarios: «Lloyd George se enraiza en la nada, es vacío y sin contenido; vive y se alimenta de su entorno inmediato...; un vampiro y un médium al mismo tiempo» (*Essays in Biography*). «El problema con Coe es que era de huesos perezosos y, además, las glándulas le funcionaban mal» (frase atribuida a Keynes por F. G. Lee, MK). Describía a los comunistas rusos como «primitivos cristianos guiados por Atila, utilizando el equipo de la Santa Inquisición y las misiones de los jesuitas para hacer tragar la economía literal del Nuevo Testamento» (citado por Elizabeth S. Johnson en *The Shadow of Keynes*, págs. 35 y 36). «Keynes era impaciente, iconoclasta, rudo. Pero, aunque podía cargarse con crueldad incisiva a los eminentes, nunca se cargaba a los humildes o a los jóvenes» (Harold Nicolson, citado por Milo Keynes).

Puedes justificar esta primera aproximación por la vía de la magia consumista —que te pre-dispondría a Maynard en contra, tanto por la vulgaridad de concepción como por la pedantería de exposición— en la paradoja que supone. Y Maynard se deleitaba con las paradojas. («Nada le enojaba más que un embrollo, nada le complacía más que una paradoja», A. F. W. Plumptre, MK.) («Lo que encuentro a faltar es su conversación. Era brillante: Esto es obvio, pero es la verdad. Poseía en el máximo grado la ingenuidad que convierte lo ordinario en paradoja y la paradoja en verdad de calle, que descubre —o inventa— parecidos y diferencias, y asocia ideas discordantes —el don de divertir y sorprender—; esa ingenuidad con la que la gente muy lista, y sólo la muy lista, puede con su conversación dar un placer singular a la vida». Clive Bell, *Old Friends*, citado por Milo Keynes.) (Este último comentario ha de salir donde y como sea. *Touché*.)

Después de este aperitivo más vale que ya sitúes al público ante la crónica de su vida. Los hitos vienen en la Cronología del libro de Milo Keynes. Precisaré que los vistas con detalles personales y citas adecuadas. El montaje podría ser, más o menos, el siguiente:

#### *Nace en Cambridge, 5 de junio de 1883*

Hijo de John Neville Keynes, profesor de Ciencia Moral, autor de un conocido tratado sobre metodología de la ciencia, y de Florence Ada Brown, hija de un pastor congregacionista. Fue el mayor de los tres hijos del matrimonio: Siguieron Margaret y Geoffrey. A pesar de que fueron a la iglesia mientras el abuelo clérigo vivía, se desentendieron de ella, incluso los padres, cuando el abuelo faltó.

A los seis años, según su madre, hacía preguntas tales como:

—¿Quién inventó el tiempo?

—¿Cómo se dieron los nombres a las cosas?

—En estos momentos mi cerebro se pregunta qué hace para pensar. Debería saberlo. (Fuente: Geoffrey Keynes, MK.)

#### *Va a la St. Faith's School, 1892-1897*

De esta época cuenta su hermano que tenía un esclavo que lo seguía, llevándole los libros a cambio de ayuda y protección. Y también que había sellado con sangre un tratado «comercial» con otro niño en el que se especificaba que no se le podría acercar a menos de quince yardas.

#### *Beca en el Eton College, 1897-1902*

En Eton destacó muy por encima de sus compañeros: «Su estilo era ya lúcido y mordaz y su comprensión intelectual superaba completamente la mía en muchos campos» (Geoffrey Young, profesor en Eton, citado en el Harrod).

#### *Beca en el King's College, Cambridge, 1902-1905*

##### *Admitido en Los Apóstoles, 1903*

Los Apóstoles era una sociedad secreta de discusión fundada en Cambridge hacia el año 1820. Habían sido miembros Harcourt, Raleigh, Maitland, Tennyson, McTaggart, Sidgwick, y cuando Keynes ingresó lo eran Alfred Whitehead, Bertrand Russel y G. E. Moore, que iban a tener una considerable influencia sobre él (Harrod). Así lo recuerda Maynard muchos años después en su *Memoir Club Paper (My Early Beliefs)*, matizando, sin embargo, el alcance de su adhesión a Moore: «Había un ca-

pítulo en los *Principia Ethica* del que no hicimos caso. Aceptamos la religión de Moore, por decirlo de alguna manera, y descartamos su moral. De hecho, nuestra opinión era que una de las grandes ventajas de su religión consistía en hacer la moral innecesaria...». Por medio de la sociedad de Los Apóstoles conoce a Lytton Strachey, Leonard Woolf, Saxon Sydney-Turner y E. M. Forster. A través de ellos conoce a dos estudiantes del Trinity College: Clive Bell y Thoby Stephen —hermano de Vanessa, Virginia y Adrian.

*Se gradúa en Matemáticas y lo hacen Presidente de la Cambridge Union, 1905*

*Estudia Economía para opositar al Civil Service, 1905-1906.*

Va a las clases de Alfred Marshall, que intenta persuadirle para que se dedique exclusivamente a la Economía; desayuna con Pigou una vez a la semana para ir entrando en materia con la complicidad del estómago; y descubre que Jevons, que le impresiona con la frase «las únicas cosas que valen la pena son el amor y la amistad», era uno de los grandes cerebros del siglo XIX (Fuente: Harrod).

*Entra en el Civil Service (Oficina de la India), 1906*

*Da clases de Economía en la Universidad de Cambridge, 1908-15*

*Sin pisar la India escribe «Moneda y Finanzas Indias», 1913*

*Fellow del King's College, Cambridge, 1909-46*

*Editor del «Economic Journal» y Secretario de la Royal Economic Society, 1911-45*

*Entra en el Tesoro, 1915*

La compenetración total con los demás miembros del Bloomsbury —galvanizada por la inesperada muerte a causa de un tifus de Thoby (1906)— se ve amenazada por sus divergencias en materia de pacifismo. Intenta hacerles ver que les es más útil desde el Tesoro, y les ayuda declarando en los juicios de los que no aceptan la militarización obligatoria. Maynard también se opone y, pese a ello, consigue seguir trabajando en el Tesoro. [Anécdota del juicio a Lytton:



John Maynard Keynes con Julian y Quentin Bell. Al fondo, Clive Bell. West Wittering, 1915.

—¿Qué haría si un soldado alemán intentara violar a su hermana?

—Intentaría interponer mi propio cuerpo. (Michael Holroyd).]

*Principal representante del Tesoro en la Conferencia de Paz de París, 1919*

*Dimite y escribe «Las consecuencias económicas de la paz», 1919*

Esto cayó muy mal en los medios oficiales, ya que aireaba cuestiones límite con el secreto profesional, pero le reportó celebridad.

*Vive en Londres con fines de semana en Cambridge, 1919-46*

*Miembro del Board of Directors de la National Mutual Life, 1919*

*Se publica su Tesis «A Treatise on Probability», 1921*

*Chairman del Board de la National Mutual Life, 1921-38*

*Tesorero del King's College en Cambridge, 1924-26*

En ambos lugares llevaba la política de inversiones. Empezó con políticas muy activas de especulación que fue poniendo en duda con el tiempo. El *crash* del 29 le hizo escribir en la *Teoría General*: «Los especuladores no perjudican; son como pompas en la corriente regular de la empresa, pero la cuestión deviene seria cuando la empresa se convierte en pompa en el remolino de la especulación. Cuando el desarrollo del capital de un país llega a ser un subproducto de las actividades de un casino, la tarea se suele efectuar muy mal». A pesar de que en el año 1924 salió malparado como *Chairman* del *Independent Investment Trust* —un nuevo fondo de inversiones entonces creado— ya que perdió casi todo el capital y toda su fortuna propia, sus gestiones en la *National* y en el *King's* fueron muy acertadas. No desaprovechó luego la ocasión para rehacerse: Su cartera personal se calculaba en medio millón de libras a principio de 1937 (Fuentes: Ryland, Davenport, MK).

*Se publican «A Revision of the Treaty» (1922), «A Tract on Monetary Reform» (1923), «The Economic Consequences of Mr. Churchill» (1925), «A Treatise on Money» (1925)*

*Se casa con Lydia Lopokova, 1925*

Esto ocurre con gran consternación por parte de Virginia, que había escrito cosas tan feroces como: «Lydia tiene el alma de una ardilla... Nadie puede tomársela seriamente: todos los chicos guapos le dan besos». Este desprecio fue bastante general en el Bloomsbury y marcó un concebible distanciamiento entre Maynard y el resto del grupo. Este distanciamiento, empero, no supuso nunca un rompimiento. Se seguían viendo a menudo y más desde que se instalaron en Tilton, Sussex, a pocas yardas de Charleston, donde vivían Vanessa, Clive y Duncan. Austin Robinson ve *My Early Beliefs* —que Maynard leyó el año 1938 en una velada del *Memoir Club*— como una prueba de su alejamiento anímico: «Keynes estaba intentando decir a sus viejos amigos suavemente, mientras les hacía un guiño: "Así es como ahora nos



Lydia Lopokova, por Duncan Grant. 1923.

veo. ¿Nos estáis viendo vosotros de la misma manera? ¿O es que tal como ahora soy he dejado realmente de ser uno de los vuestros?» (Robinson, MK). Es una interpretación. Cabe, sin embargo, hacer otras, basándose en los testimonios de que un nuevo sentimiento no provocaba en Maynard un distanciamiento respecto a la gente que quería, sino solamente, y en algunos casos, un cambio cualitativo en su afecto que no suponía ningún debilitamiento. Hay citas que van por este camino: «... a sus amigos más queridos les amaba apasionada y fielmente y, aunque pueda parecer raro, con un toque de humildad» (Clive Bell: *Old Friends*, citado por Milo Keynes). Bien por Clive. Faltaría más.

No pierdas el hilo. Vuelve hacia Lydia. Todas las referencias apuntan al hecho de que su matrimonio fue feliz durante los veintiún años que quedaban de vida a Keynes. No se conocen infidelidades. (Quizás ahora, después de las recientes muertes de Duncan (1978) y Lydia (1981), que eran los últimos supervivientes, llegue a

publicarse la correspondencia íntima de Keynes y se sepa la historia completa...)

Lentamente, Lydia se fue ganando a todo el mundo. Hasta desarmó a los *bloomsburianos*. Forster, poco tiempo antes de morir, confesaba: —¡Cómo la infravaloramos todos!

(Milo Keynes: «Cecil Beaton la ha descrito correctamente como el más estimulante y jovial de los seres humanos; era maravilloso para mí ver que Maynard aún se divertía con ella riendo después de tantos años. En la época de su muerte era todavía incapaz de adivinar qué diría o haría ella en el momento siguiente».)

De hecho, Lydia era la intuición hecha franqueza, expresándose con una *naïveté* siempre sorprendente. (Milo Keynes: «El año 1951, Picasso vino a Inglaterra a un mitín internacional comunista que fue, de repente, prohibido. La única persona a la que quiso ver antes de volver a Francia fue a Lydia Lopokova. Cenaron juntos y Lydia le preguntó si era verdad que su hijo era un *macarra*. Sí, respondió Picasso, ¡pero es tan *charmant!*»). En cierta manera atraía a Maynard por contraste. «Una vez preguntó a Lydia: —¿Qué estás pensando? —Nada, respondió ella. —Me gustaría poderlo conseguir, contestó Maynard» (Milo Keynes).

*Visita Rusia con Lydia, 1925 y 1928*

*Fellow de la British Academy, 1929*

*Se publican «Essays in Persuasion» (1931), «Essays in Biography» (1933), «The General Theory of Employment, Interest and Money» (1936)*

*Apertura del Arts Theatre, Cambridge, 1936*

Cambridge no tenía teatro. Keynes lo promovió, compró acciones por valor de 10.000 libras sobre un total de 12.300, y aceptó ser uno de los cuatro directores. Cuando veía que la cola para sacar entradas era muy larga se metía en la caja intentando echar una mano (Fuente: Higgins, MK).

*Primer infarto, 1937*

Fue muy fuerte. «Pasó unos cuantos meses de convalecencia en el castillo Ruthin, un centro médico en Gales. Después vivió nueve años con

una angina de pecho que le impedía cualquier esfuerzo, y tuvo varios ataques al corazón antes del que sería fatal en 1946» (Milo Keynes).

*Consejero del Chancellor del Exchequer, 1940-46*

*Director del Banco de Inglaterra, 1941-46*

*Trustee de la National Gallery, 1941-46*

*Chairman del Council for the Encouragement of Music and the Arts, 1942-46*

La influencia del Bloomsbury y de Lydia lo habían convertido, si no en un experto, sí en un gran aficionado a la pintura, el ballet, el teatro y demás artes plásticas. En ellas ve las formas de la civilización, rindiéndoles indirecto homenaje en el brindis de la cena que le ofreció el Consejo de la *Royal Economic Society* cuando dejó de ser, en el año 1945, el *editor* del *Economic Journal*: «Bebo a la salud de la Royal Economic Society, de la Economía y de los economistas, que son los depositarios, no de la civilización, sino de la posibilidad de la civilización».

*Es nombrado Lord Keynes (Barón Keynes de Tilton), 1942*

*Asiste a la Conferencia de Bretton Woods, a las negociaciones de Washington y a la Conferencia de Savannah (USA), 1944-46*

De ahí arrancan el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Keynes tuvo una participación muy activa, a pesar de su delicada salud, presentando un proyecto de funcionamiento del sistema monetario internacional que, si hubiera sido aceptado, hubiera posiblemente evitado la crisis del sistema a fines de los años sesenta.

*Doctor Honorario en Ciencia, Universidad de Cambridge, Fellow de la Royal Society y propuesta, que acepta pero no llega a recibir, de la Orden del Mérito, 1946*

*Muere en Tilton a los 62 años, el domingo de Pascua, 21 de abril de 1946*

*Se publican «Newton, the Man» (1947) y «Two Memoirs» (1949)*

Para completar esta visión personal deberías decir en alguna parte que políticamente fue toda la vida un liberal, haciendo discursos para apoyar a sus amigos (Elecciones Generales de 1910), sentándose en los bancos de los liberales en la Cámara de los Lores (1942-46) y haciendo contribuciones económicas al Partido (Fuente: Harrod).

Y, también, si se tercia, puedes intentar darle proximidad física mencionando detalles personales: «Toda la vida se interesó por las manos de los demás, que consideraba un índice importante del carácter» (Geoffrey Keynes, MK). «... En las reuniones miraba a la mesa, tan larga, con cada mano enterrada en la manga opuesta, repasando, profetizando, calculando... recuerdo sus rápidos movimientos de cabeza de lado a lado, de cara en cara, como si nadie pudiera escapar a su confianza; el repentino movimiento hacia arriba de la barbilla, con el que superaba su tartamudez ocasional; la sonrisa expansiva con la que invitaba a la carcajada general después de un ataque trapacero... lo veo... bailando salvajemente una danza cómica como el Príncipe Consorte, con la Lopokova como Victoria, en las fiestas de Gordon Square... sonriendo complacido delante de un bocado selecto de chismorreos que le había pasado» (Raylans, MK).

Hagamos inventario: La multiplicidad de facetas, la religión —en su caso, agnosticismo—, el pensamiento político, los amigos, los amantes, los viajes, los gestos... Bien, creo que ya sólo queda por hablar de la obra, intentando sintetizar por qué Keynes ocupa un lugar tan destacado como economista. [Este punto se puede ilustrar con la cita de Moggridge (MK): «Poco después de la Segunda Guerra Mundial, la *American Economic Association* publicó unos volúmenes en los que los especialistas ofrecían una compilación de economía "contemporánea"... de las principales ideas que han madurado en los últimos diez a quince años... El economista más citado era Keynes (98 veces), seguido de Hicks (56) y Marshall (40)».] No creo que me engañe en demasía si digo que, para casi toda la profesión, Keynes es considerado uno de los economistas más importantes de todos los tiempos (y, entre los otros cinco, apostaríá fijo por Smith, Ricardo, Marx y Marshall). ¿Por qué?

La obra de Keynes. Para centrarte puedes decir: La fama de Keynes no viene de su *Tratado sobre Probabilidades* (a pesar de que Carnap hiciera ver en los años sesenta la importancia de su contribución), ni de sus escritos sobre problemas económicos concretos, sino de sus trabajos «académicos»: EL *Treatise on Money* y, muy especialmente, la *Teoría General* que provocó, al difundirse, la Revolución Keynesiana.

Puedes sugerir qué se entiende por la Revolución Keynesiana, siguiendo a James Meade (MK): «Hay, de hecho, dos revoluciones keynesianas diferentes, aunque estrechamente relacionadas: la revolución teórica en el análisis económico y la revolución práctica en las políticas de los gobiernos... La revolución intelectual que produjo Keynes consistió en trastocar a los economistas —que hasta entonces pensaban normalmente en términos de un modelo de la realidad en el cual un perro denominado ahorro movía la cola llamada inversión— haciéndoles pensar en términos de un modelo en el cual un perro llamado inversión movía la cola denominada ahorro...»

Aquí convendrá una pincelada rápida sobre las aportaciones de Keynes. El énfasis en el corto plazo («A largo plazo, todos muertos», decía); la apreciación del hecho de que inversión y ahorro responden a motivaciones diferentes: las decisiones de invertir las toman unas personas —los empresarios— que no tienen nada que ver con las que toman las decisiones de ahorrar. Las tasas de interés del mercado no son los determinantes básicos de las inversiones ni del ahorro. Las inversiones dependen de los *animal spirits* —el empuje en montar empresas, que viene muy influido por las expectativas— y el ahorro depende de las costumbres, siendo un residuo entre los ingresos y los gastos de los particulares, que viene muy determinado por la inercia (función de consumo). El sector real y el sector monetario se entroncan mediante el mecanismo de demanda de liquidez: La gente quiere una cierta cantidad de efectivo por los motivos de transacción, precaución y especulación, siendo la demanda a causa de este último muy sensible a las variaciones de las tasas de interés. Ello hace que tanto la cantidad total de ocupación como las tasas de interés vengan determinadas conjuntamente a través del juego del mercado real de

bienes de inversión (allá donde el ahorro encuentra la inversión) con el mercado monetario (donde confluyen la oferta y la demanda de dinero).

A pesar de su liberalismo práctico, Keynes llega a la conclusión de que el Estado puede y debe intervenir para combatir el paro, haciendo uso de políticas fiscales y monetarias adecuadas. No se recata en pedir una política de inversiones públicas con déficit presupuestario (aunque se destine a «hacer agujeros en el suelo», aconseja para provocar las iras del *establishment*), ni se ruboriza haciendo un llamamiento a las amas de casa invitándolas a salir a la calle para aprovechar las rebajas. El impulso a la demanda efectiva, que animará las inversiones y revitalizará la economía vía multiplicador, es fundamental para salir de la Depresión. Sobre este aspecto pragmático que comporta la Revolución Keynesiana nos dice Meade: «La revolución en la política práctica de los gobiernos es de mucha mayor importancia y significación para el bienestar de la humanidad... Los gobiernos reconocen, ahora universalmente, cuanto menos en el mundo industrializado de libre empresa, que uno de sus deberes primordiales es el de controlar el nivel de demanda total efectiva de bienes y servicios. Si la demanda es insuficiente para proporcionar la plena ocupación, es deber del gobierno elevarla estimulando las inyecciones (inversión, gastos del gobierno y/o exportaciones) y/o desanimando las filtraciones (reduciendo las proporciones de renta ahorrada, pagada en impuestos o empleada en importaciones). Si la demanda es excesiva, entonces es deber del gobierno restringir las inyecciones y alentar las filtraciones».

Y, como final técnico para acabar de castigar al personal, puedes explicar cómo el aparato keynesiano se ha ido utilizando y cómo se ha abusado de él para mantener unas estructuras que presentan cada vez más grietas. Bien cierto es que Keynes no «contestaba» estas estructuras (Austin Robinson, MK: «Era más propenso a crear un sistema económico que trabajara dentro del marco político dado que a determinar el marco político»), pero, seguramente, habría quedado muy frustrado con las interpretaciones y las aplicaciones que de su teoría han hecho muchos de los autodenominados keynesianos. (Joan Robinson, MK: «Des-

pués de la guerra, la teoría de Keynes se aceptó como una nueva ortodoxia sin replantearse la que era vieja... Todos los viejos *slogans* se repiten sin cambiarse. ¿Cómo se ha hecho esta trampa? ... Las simplificaciones que hay en las propias exposiciones de Keynes, y que eran necesarias en un primer estadio del argumento, se han utilizado para desvirtuar su significado...» Se han hecho simplificaciones sobre la naturaleza de los bienes de capital para retornar hacia las posiciones clásicas de equilibrio. «Los keynesianos bordes intentan hacer creer que ello viene del problema de la "medición del capital", pero no tiene nada que ver con la medición ni con el capital, sino con la eliminación del tiempo. Pero en un mundo que está siempre en equilibrio no hay diferencia entre el futuro y el pasado, no hay historia y no hay necesidad de Keynes», sigue la Robinson. No faltan, sin embargo, desde principios de los setenta, reacciones contra esta asimilación neoclásica, haciendo exposiciones de la teoría keynesiana como teoría del desequilibrio.

Estás pasándote de académico. Corta ya. Te sobran rollo y citas. Tendrás que reordenarlo todo y hacer una buena criba. Tienes trabajo para rato. Antes de meterte en la composición —espero que definitiva— conviene pensar en un final glorioso como, por ejemplo, el de *Play it again, Sam* (Sueños de un seductor) de Woody Allen, en el que rehace la escena cumbre de *Casablanca*. Podrías intentar sublimar la reunión del *Memoir Club* en la cual Keynes leyó *My Early Beliefs*. Los detalles verosímiles podrían proceder del artículo de Paul Levy, MK:

Viernes, 9 de septiembre de 1938. El escenario es el jardín de Tilton, la casa en Sussex de los Keynes. Hace un día magnífico. Lydia va atendiendo al grupo de amigos por el procedimiento de llenar tazas de té con movimientos gráciles y de ofrecer una viva sonrisa que quiere ocultar el aire de preocupación que se le escapa por los ojos. Vanessa está sentada en una silla de mimbre con aire ausente, todavía lacerada en las entrañas por la muerte en la guerra de España de su hijo Julian («No quiero pensar. No tengo cerebro. Sólo tengo piel. Me agrada sentir en ella el calor del sol. Y mientras haya sol habrá luz y habrá color»). Virginia, a su lado, muerde pulidamente una pasta («La tiltoniana se pasa haciéndose la anfitrión-

na. Sigue, como siempre, sobreactuando. Ahora se cree Greta Garbo en el papel de abnegada Florence Nightingale cuidando a los heridos de la línea Maginot. ¡Ya nos podría obsequiar con un poco de *sherry* o de *oportó!* Es tan ignorante que no debe saber que el *whisky* es la mejor medicina para el corazón. O quizás es por pura tacañería que tiene guardados los elixires alcohólicos. Suerte tengo de que la bebida no es uno de mis vicios... De todas formas, cuando me vuelva a mirar con su pose de esposa-oficial-protectora-de-la-salud de Maynard le pienso sacar la lengua»).

Distribuidos por la hierba, sentados o medio tendidos, puede verse a Duncan con su aire de fauno seráfico, a Clive, desatascando su pipa, a Leonard, cada vez más estilizado y siempre pendiente de Virginia, a Desmond y Molly McCarthy, que, además de ser sorda como una

tapia, este mediodía se ha torcido el tobillo; a David Garnett, a E. M. Forster y a la nueva generación, ya desencantada del funcionamiento de un mundo que está a sólo veinte días del Pacto de Munich y a menos de un año de la guerra: Janie Bussy y Quentin y Angélica Bell.

Y en medio, sentado en una silla y con la espalda convenientemente apoyada, estás tú. Te entretienes mirándolos de uno en uno. Forster («¿Te atreverás a publicar *Maurice* algún día o lo habrás ya destruido?»). Desmond («¿Llegarás a escribir la gran novela de tu vida que nos leías con las páginas en blanco?»). David («Mira que dedicarte ahora a tontear con Angélica... pero, si la viste nacer...»). Vanessa («Me preocupas. ¡Cuánto has envejecido! No sí si te recobrarás de ésta...»). Clive y Leonard («¿Cuántas veces habremos visto salir el sol



El cuadro pintado por Vanessa Bell en 1943 recoge algunas de las figuras más destacadas de Bloomsbury, reunidas en el Memoir Club. De izquierda a derecha: Duncan Grant, Leonard Woolf, Vanessa Bell, Clive Bell, David Garnett, Keynes, Lydia Lopokova, D. MacCarthy, Mary MacCarthy, Quentin Bell y E. M. Forster. Faltan Virginia Woolf y Lytton Strachey, fallecidos cuando Vanessa Bell pintó el cuadro.

charlando juntos?». Virginia («Seguro que murmuraras de alguien. Pero, ¡qué gran corazón! Con mi infarto, por poco te mato del disgusto»). Duncan («Aún percibo el olor de tu piel. Me conforta»). Lydia («¡Mi *Petrushka!* No puedes estarte quieta ni un minuto. Pero, ¡qué placer contemplar cada uno de tus movimientos»). Sientes que sus miradas te acarician. Recuerdas a Lytton y a la Carrington («A largo plazo, todos muertos, que escribí en alguna parte. O quizás no, quizás después de cien años aún se seguirá hablando de nosotros»). Te miras las manos («Te debes estar haciendo viejo porque estás perdiendo toda la agresividad. No lo habrías de consentir. Pronto parecerás la Patética de Tchaikovsky»). Sacas unas hojas de papel del bolsillo. Se hace el silencio. Levantas la barbilla, para evitar el tartamudeo al que te invita la emoción producida por tus pensamientos. Y empiezas a leer...

## NOTA

(1) Las citas de autores de ensayos incluidos en el libro de Milo Keynes llevan detrás la referencia (MK).

## BIBLIOGRAFIA

- BELL, QUENTIN, *Virginia Woolf*, Triad/Paladin, 1976.
- BRENAN, GERALD, *Personal Record 1920-1972*, Nicholson Price, 1974. Traducción castellana: *Memoria personal 1920-1975*, Alianza Editorial, 1976.
- HARROD, ROY F., *The life of John Maynard Keynes*, Penguin, 1972.
- HOLROYD, MICHAEL, *Lytton Strachey*, Holt, Rinehart & Winston, 1967.
- JOHNSON, ELIZABETH S. & HARRY, G., *The Shadow of Keynes*, Blackwell, 1978.
- KEYNES, JOHN MAYNARD, *The Economic Consequences of the Peace*, Macmillan, 1919. Traducción castellana: *Las consecuencias económicas de la paz*, Calpe, 1920.
- *Essays in Persuasion* (1931), Norton, 1963.
- *Essays in Biography* (1933), Norton, 1963.
- *The General Theory of Employment, Interest & Money* (1936), Macmillan, 1961. Traducción castellana: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo Cultura Económica, 1963.
- KEYNES, MILO, Ed., *Essays on John Maynard Keynes*, Cambridge U.P., 1975.
- MOORE, GEORGE E., *Principia Ethica*, Cambridge U.P., 1971.
- NICOLSON, NIGEL, ed., *The Letters of Virginia Woolf*. Vol. I, *The Flight of Mind*, Hogarth Press, 1973. Vol. II, *The Question of Things Happening*, H.P., 1975. Vol. III, *A Change of Perspective*, H.P., 1977.
- *Portrait of a Marriage*, Windfeld & Nicolson, 1973. Traducción castellana: *Retrato de un matrimonio*, Grijalbo, 1975.
- SHONE, RICHARD, *Bloomsbury Portraits*, Phaidon, 1976.
- WOOLF, LEONARD, *Autobiography*. Vol. I, *Sowing, 1880-1904*, Hogarth Press, 1960. Vol. II, *Growing, 1904-1912*, H.P., 1962. Vol. III, *Beginning Again, 1911-1918*, H.P., 1964. Vol. IV, *Downhill All the Way, 1919-1939*, H.P., 1967. Vol. V, *The Journey not the Arrival Matters, 1939-1969*, H.P., 1969.
- WOOLF, VIRGINIA, *Moments of Being*, Harvest/HBJ, 1978.